

—No, no, eso es injusto, prurumpieron algunos.

—Pues no se ha de hacer de otro modo, continuó el primero empuñando un hacha de abordaje.

Y con esto volvieron á relucir los cuchillos, y el espanto y la confusion á enseñorearse de aquel estrecho recinto. Preparábase una lucha desesperada en que ningun golpe sería perdido, cuando se oyó la voz clara y vibrante de un grumete dominar el tumulto, anunciando:

—¡Vela á estribor!

Bajáronse todas las armas; en los semblantes, descompuestos por la ira, se retrató de improviso la ansiedad, la angustia, el desconsuelo; todos fijaron la vista en el punto del horizonte indicado por el muchacho, y efectivamente, una vela se descubría á larga distancia: era menester llamar la atención sobre nosotros, y por cierto que, ya con la voz, ya despojándonos de nuestras camisas y agitándolas en el aire, lo hicimos á maravilla. A poco rato un ligero relámpago, seguido de una espesa nubecilla, precedieron á la detonacion del cañonazo, que anunció habíamos sido descubiertos por un navio de la marina real inglesa, que algunos momentos despues se ofreció á nuestra vista gobernando para socorrernos. Allí fué de ver la loca alegría que se apoderó de los mas desesperados anteriormente: los abrazos mútuos, las disculpas reciprocas solo llegaron á cabo cuando el buque salvador nos presentó su escala para subir al puente, donde fuimos recogidos, para desembarcar en Pondichery con las mercaderías y efectos que se pudieron salvar de la fragata.

Héme al fin en la metrópoli indiana de los establecimientos franceses, arrebatada por la eterna rival de Francia, la Inglaterra, desde 1778, en cuyo poder continuaba actualmente á pesar de las victorias navales del bailio Suffren y la inteligente intrepidez del marqués de Bussy, unidas al genio de Haider Ali-Kan, soberano con título de regente del Maissur y del Canara, enemigo jurado de los invasores británicos, con quienes sostenia hacia largos años guerra sin tregua, con mas sucesos prósperos que adversa fortuna, auxiliado en gran manera por muchos valientes aventureros que al desaparecer la bandera blanca de los muros de Pondichery, buscaron al lado del jefe musulman refugio y ocasion de satisfacer el odio que les animaba contra los enemigos de su patria.

De mis compañeros de naufragio unos continuaron á Madrás su viaje interrumpido, otros habian hallado colocacion en las posesiones de la Compañía de Indias, gracias al apoyo de sus compatriotas: únicamente yo, perdido el buque de que dependia, y sin relaciones ni fortuna, vagaba indeciso sin saber qué destino dar á mi persona. Entre los pocos sugetos con quienes habia contraído relaciones amistosas, se contaban dos franceses jóvenes, á quienes me unieron desde luego lazos de simpatia, originados de la completa identidad que mediaba entre nuestra situacion respectiva. No es del caso referir cómo encontraron ellos medio de recomendarse á varios europeos que servian en las tropas de Haider Ali, basta saber que me propusieron acompañarlos, y que yo acepté gustoso, no hallando medio mejor de conjurar la suerte precaria que amenazaba envolverme pronto. Añadi, pues, los frágiles restos del caudal salvado del naufragio á los fondos de mis compañeros, y reuniendo lo suficiente á proporcionarnos dos camellos, armas, vituallas y reservar alguna cantidad para gastos eventuales, nos pusimos en camino mas alegres y esperanzados que cómodos y bien provistos.

Las circunstancias eran á propósito para fomentar nues-

SEGUNDA SERIE.—1865.

tras intenciones marciales. Una poderosa confederacion dirigida por el implacable Haider Ali, compuesta de los belicosos máratas, el subá de Decan y el rajá de Berar (1), se habia organizado para destruir el poder británico en el Indostan. Las desgracias de los franceses privaron por este tiempo á Haider de su mas poderoso apoyo, porque él no se hacia ilusiones lisonjeras en cuanto á la incertidumbre de sus alianzas indias.

En efecto, los consejos de Madrás y Calcuta desesperando de vencer á la coalicion, se dedicaron á debilitarla con intrigas. Los máratas, siempre codiciosos, no supieron resistir á la corrupcion; el subá de Decan, envidioso de Haider Ali, y temiendo su engrandecimiento, fué fácil de seducir; los rajaes seguian con desconfianza al jefe de los musulmanes, de modo que abandonado éste de sus aliados, no tardó en verse obligado á combatir con sus solos recursos. Pero cuando la compañía británica contando con la eficacia de sus intrigas no se cuidaba de un enemigo á quien juzgaba vencido, el ejército del Maissur apareció de repente en el Carnatic, asolándolo todo á su paso. Dos veces fueron batidos los ingleses delante de Arcate, y á los pocos dias de sitio cayó aquella capital en poder del regente, cuando nosotros llegábamos á sus inmediaciones.

Satisfechos por un resultado que nos ahorra la mitad del viaje, y convidados por la suave frescura del espeso bosque de palmeras, ananas y pimentales que atravesábamos, determinamos hacer parada y tomar algun refrigerio á cubierto de la fuerza del sol, que á la sazón abrasaba la tierra de un modo imponderable, una vez que sin molestia podríamos llegar á la ciudad antes de la noche.

Rato hacia que sesteábamos en aquel delicioso vergel, cuando unos alharidos lamentables como lanzados en el aire sobre nuestras cabezas, vinieron á interrumpir la dulce calma que nos embargaba. Apartamos la enramada saliendo á sitio mas despejado, con objeto de averiguar el origen del triste concierto de voces diferentes que continuaba poniéndonos en alarma, y nada conseguimos descubrir tampoco, por lo cual tratando estábamos de acallar nuestra curiosidad marchando á otra parte donde sin inquietud pudiésemos tomar descanso, cuando vimos á un indio venir corriendo cargado con una vasija llena de arroz cocido, depositarla al pié de un árbol frondosísimo y desaparecer con la misma presteza. Entonces cesaron los gemidos: pasó corto rato, y presenciámos con asombro ocultos en la espesura, descolgarse del árbol un hombre de trazas miserable, luego una especie de mujer, que solo por la forma de algunos giros de tela se conocia que lo era, y en seguida hasta media docena de chiquillos de diferentes sexos y edades, abalanzarse todos al arroz con ánsia famélica y engullirle á puñados, mirando siempre á su alrededor llenos de azoramiento. Y aun no bastó vigilancia tan esquisita para prevenir la llegada de un nuevo actor que apareció en escena, pues debió cogerles de improviso segun el aturdimiento que les infundió su presencia. El regalado festin, próximo á su conclusion, fué abandonado inmediatamente, sin atender á otra cosa los infelices convidados que no fuese arrastrarse humildes ante el recién venido, implorando al

(1) Dábase el título de *nacim* ó *subá*, á los víreys dependientes más ó ménos indirectamente del Gran Mogol; *rajás* eran los príncipes indios, y *nababes* los jefes musulmanes. El Decan era un estenso territorio de la India, y los máratas varios pueblos montañeses del mismo país, que vivian sin reconocer vasallaje alguno, gracias á su espíritu guerrero.



parecer su misericordia con los mismos ayes y desapacibles aullidos que poco antes nos habían espantado. El causador de tanto sobresalto era un indiano de grotesco ademan á fuerza de querer parecer grave, de una demacración repugnante, labios gruesos, rostro chato, pómulos salientes y color aceitunado: por una cuerda de algodón que le cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, conoció uno de mis compañeros que pertenecía á la privilegiada casta de los brahmanes ó sacerdotes. Apartó la vista con horror de la miserable familia prosternada ante él, y alejándose algun tanto, comenzó á lanzar exclamaciones en lenguaje incomprensible para nosotros, en dirección á los cuatro puntos cardinales, hasta que acudieron una porción de *ryots* ó aldeanos, que despues de recibir sus órdenes con respeto, maniataron á los desgraciados del árbol sin moverse á lástima por sus angustiosas demostraciones, atendiendo solo á retirarse apenas concluida su tarea, como estremecidos de haberlos tocado. Pero aquel desman solo era preludio de mas horrible proceder. Uno de los indios escitado por el sacerdote, sacó de la cintura un puñal malayo, dirigióse con serenidad impia al infeliz aherrojado, y clavándosele en el corazon se dispuso á sacrificar de igual manera á su mujer é hijos, que, trémulos de pavor, esperaban el golpe de la cuchilla fatal. En tanto, nosotros, ¿hubiéramos debido permanecer testigos indiferentes de tan criminal escena? No fué posible.

Animados por un mismo sentimiento, nos arrojamos sobre en mano sobre la turba de viles esclavos, derribando de un golpe al fanático brahman y poniendo en libertad á sus victimas, que, unidos á sus verdugos, desaparecieron lanzándonos piedras y maldiciones. No tardaron en presentarse de nuevo, acompañados de cuantos en la comarca hubo capaces de empuñar un arma en nuestro daño, poseidos de rabia al saber nuestra conducta, y ansiando apoderarse de los sacrilegos europeos, con objeto de sacrificar sus vidas en justo desagravio de la horrible Trimurti indiana (1). Casi de repente nos vimos rodeados de un ancho círculo de furiosos, aullando como bestias salvajes, agitando en el aire sus sables y lanzas, gesticulando espantosamente y estrechando el espacio que los separaba de nosotros, aunque siempre mantenidos á respetuosa distancia por temor á las carabinas de que nos veían dispuestos á echar mano para contener su fanatismo religioso. Sin duda alguna hubiéramos conseguido abrirnos camino á través de la canalla á pesar de su excesivo número, si una partida de soldados afghanes, atraída por el tumulto, no hubiera con su llegada dejándonos sin mas alternativa que ser muertos ó conducidos á la ciudad para sufrir el castigo reclamado por nuestro delito. Bien sabíamos que ambos extremos debían diferenciarse poco, mas el ultimo ofrecía alguna esperanza, y por él debimos optar.

Así penetramos custodiados á manera de salteadores en la capital del Carnatic, adonde caminábamos en busca de suerte y fama, harto distinta de la que nos estaba parada.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número inmediato.)

(1) Brahma, Vishnou y Siva; trinidad por medio de la cual ejecuta sus obras *Para-Brahma*, ser supremo eternamente inmóvil, segun la doctrina de los brahmanes, que reina en todo el Indostan.

## UNA ESCURSION A LA FERTÉ-MILON.

De Villers-Cotterets á la Ferté-Milon.—Recuerdos de Racine.—Una estatua de David.—Como se interpreta la historia.—Un elogio poético.—Casas de Racine.—Castillo de la Ferté-Milon.—San Vulgis.—Enrique IV y Biron.

### I.

En uno de los últimos dias del mes de noviembre, llegué á Villers-Cotterets, sobre las seis de la mañana, pasando desdenosamente delante de muchos pequeños carruajes pintados de amarillo, cuyos conductores rodeándome me hicieron las proposiciones mas seductoras que yo rehusé examinándome resueltamente á pié hacia la Ferté-Milon donde mi afición á los recuerdos históricos me llevaba, y mas que nada la memoria del inmortal poeta Racine.

El frio era intenso, y hacia como vulgarmente se dice, que postillones y viajeros se soplasen los dedos; los caballos despedían por sus anchas y dilatadas narices con abundancia espesas columnas de baho.

Mi marcha era rápida, y pronto olvidé las incomodidades de una noche de camino en un wagon.

El crepúsculo matutino esparcía en la atmósfera una luz tenue y suave; una espesa niebla al principio que con los primeros rayos del sol se fué disipando, dejaba adivinar el pálido azul del cielo empañado por los densos vapores que lentamente se desprendían del vecino valle de Oureq.

Los pájaros hacían oír sus graciosos gorgoros posados en las desnudas ramas de los árboles, sobre la yerba ostentaba sus líquidas perlas el rocío de la mañana.

Nada de esto hubiera impresionado á un hombre acostumbrado á la vida del campo, pero mi sencillez parisiense no cesaba un momento de admirar el sol, los prados, los bosques y las chozas y pequeñas casas de que el horizonte que descubría estaba sembrado, en fin, olvidándome completamente del frio de la mañana, me vi arrebatado por el cuadro encantador que me presentaba la naturaleza.

Bajo esta impresion y despues de atravesar el bosque de Villers-Cotterets y de haber espantado á pedradas una bandada de cuervos, hice mi entrada en la patria de Racine.

No sé si la Ferté-Milon es poética por sí misma ó por los recuerdos que encierra, difícilmente se puede separar lo uno de lo otro, pero el primer golpe de vista me encantó por su graciosa á la par que elegante melancolía.

Un antiguo castillo feudal edificado en una pequeña colina, con sus obras de defensa perfectamente conservadas; la iglesia de Nuestra Señora, construida en la vertiente con su esbelto y elegante campanario; varias calles en declive, con sencillas y elegantes casas y un paseo en el medio; constituyen la vista panorámica de la Ferté-Milon, digna del pincel de Wanloo.

La memoria de Racine, memoria piadosa y poéticamente conservada, está viva en todas partes.

Los habitantes de la Ferté-Milon, conservan con un religioso entusiasmo los recuerdos del ilustre trágico; han perpetuado entre sus hijos la memoria, y cada mueble,



cada piedra, cada árbol de Ferté-Milon, tiene algun recuerdo del célebre Racine.

He aquí un ejemplo:

Apenas habia llegado á la Ferté-Milon y despues de alojarme en un hotel, por cierto bien prosaico, y dirigido por un salchichero, no habia aun concluido de quitarme el polvo de las botas, cuando el salchichero entabló conmigo el siguiente diálogo:

—Conocereis á Racine, caballero, ese gran poeta, á ese gran trágico, honor de la Francia.

—Si le conozco, le dije, he visto representar sus obras, las he leído y aun podria recitaros algunos de sus trozos de la *Andrómaca* y de *Fedra*.

—Puesto que sois admirador de Racine, os voy á enseñar un tesoro que poseo.

Y dirigiéndose á una cómoda, sacó de uno de sus cajones varios manuscritos del célebre poeta; por ningun oro del mundo se hubiera desprendido el salchichero de sus preciosos manuscritos.

Cinco minutos despues en casa de un notario se repetia la misma escena.

## II.

Como he dicho antes, en Ferté-Milon por todas partes está Racine.

A la puerta de la casa del ayuntamiento y como si fuera un centinela está su estatua.

David, el célebre David, es el autor.

Seguramente ha sido modelada en el mas riguroso estio á juzgar por su desnudez, pues el pobre Racine se halla tan desprovisto de vestidos como una ondina de Diaz, de modo que parece tiritar de frio y avergonzarse de su desnudez. ¡Racine! el admirable poeta que ha concebido siempre la antigüedad á través del poético velo del cristianismo. Ciertamente que David no ha comprendido al autor discreto y amante de la forma y del traje. ¿A qué increíbles interpretaciones preparan así los cronistas el porvenir? Si al cabo de tres mil años desentieran esta estatua, ¿qué crearán? primero, que la temperatura era tan elevada en tiempo de Racine, que los poetas iban apenas vestidos; segundo que en el siglo XVII se llevaban todavia sandalias y las piernas descubiertas, y tercero, que desde la época de Homero hasta la de Luis XIV, la civilizacion no habia progresado nada en el arte de vestir. Al mismo tiempo, si un arqueólogo investigando entre las ruinas de la Porte-Saint-Martin, reconociese la estatua de Ludovicus Hercule que adornaba la fachada convertida en ruinas hace muchos años, sacaria en conclusion que en la época de Luis XIV, se cubrian solamente con la toga de los romanos ó con una piel de animal, lo que la Academia de Inscripciones declararia *apoyándose sobre hechos* y cuyo juicio haria fuerza de ley.

Nuestra actual Academia no cometeria seguramente semejantes anacronismos, y no vestiria á Aquiles como Filopomen y á Homero como Euripides; pero qué de trabajos no le darian las investigaciones de la antigüedad si vistieran las estatuas con dos ó tres siglos de atraso! Pero dejemos esta digresion y volviendo á la Ferté-Milon, hallaremos el busto de Racine instalado sobre el pedestal de una fuente que se descubre cerca de la iglesia de Notre-Dame en una tortuosa callejuela, y sobre cuyo pedestal están inscritos unos versos, versos que destrazan todo oido poético, y que al leerlos me parecia ver sonreír desdeñosamente al gran poeta,

¡qué mayor suplicio podian haberle infligido que la constante lectura de esta horrible cuarteta!

En 1820 la Ferté-Milon hizo erigir este busto y colocó debajo este espiritual elogio.

La casa que dicen fué de Racine está situada en la calle de Saint-Waast, número 3; pero en ella nada recuerda al poeta, y yo creo que ni siquiera ha nacido allí: por lo demás, la casa ha sido retocada en 1830, como confiesa el mismo propietario.

¡Retocar una casa histórica! ¡qué profanacion! y sin embargo, ¿qué es la acumulacion de los siglos sino una reparacion casi completa? Cuando os confiesan que han cambiado dos piedras, traducid que han vuelto á construir dos lienzos de pared y sacad en conclusion que en vez de reparacion, todo ha vuelto á construirse de nuevo, y que seria inútil buscar las trazas del pasado en esas reliquias poco auténticas que el mundo ha hecho pasar como verdaderas.

## III.

¿La Ferté-Milon no ofrece ningun interés despues de la memoria de Racine?

Si tal.

Subamos la ladera de la montaña, pasemos al lado de esta linda iglesia de Notre-Dame, que el lapiz de Mr. Eugene Lavielle ha reproducido tan bien, sigamos los fosos que rodeaban antes la villa y llegando al pié del antiguo castillo, mil pensamientos diversos asaltarán nuestra mente.

Hénos pues en una vasta esplanada que sirve hoy de salon de baile y que era antes sin duda, el patio en que príncipes, señores, hidalgos, pajes y damas caracoleaban en briosos corceles antes de lanzarse á la caza ó á la guerra.

Altas murallas ennegrecidas por el tiempo se levantan ante nosotros y aunque destruidas en su parte mas elevada la base permanece firme, y se sostienen orgullosamente como desafiando los siglos: estas masas imponentes inspiran respeto, casi miedo, al recordar que soberbios señores se abrigaban tras sus murallas.

Este castillo feudal tiene su historia que es en miniatura la de la Francia, pues la crónica de la Ferté-Milon, es á veces dramática, terrible ó edificante, con sus buenos ó malos príncipes, sus castellanas crueles ó adoradas, sus envenenamientos, sus bajezas y sus sublimes abnegaciones.

Ella nos enseña por ejemplo, que en los primeros tiempos de su instalacion, los señores feudales hubieran preferido mejor perder una parte de su fortuna á separarse de las cenizas veneradas de San Vulgis piadosamente depositadas en la capilla del castillo.

Yo no dudo por un momento que mis amables lectores no estarán al corriente de la biografia de los cinco ó seis mil justos que han contribuido á la gloria de nuestra religion; sin embargo, como podrian haber olvidado algun detalle concerniente al piadoso San Vulgis de quien venimos ocupándonos, trataremos de referir los principales episodios.

Vulgis vivia en la época de San Remy, el santo obispo que bautizó á Clovis en la villa de Reims, y fué este ilustre hijo de la Iglesia quien le dió la tonsura clerical, y le elevó á todos los grados de la ordenacion, por lo que le conservó hasta la muerte el mas profundo reconocimiento.

;



Su escasa humildad no le permitia apenas ejercer las funciones de su sagrado ministerio.

El pobre sacerdote se turbaba, tartamudeaba, y hallaba que era infinitamente menos fácil hablar á los hombres que rogar á Dios por su conservacion.

Su timidez natural le alejó de la sociedad, y arrastrado por el ardiente deseo de vivir en eterna contemplacion de Dios, se retiró á un bosque que alegraban los pájaros con sus continuos gorgeos, acompañados del delicioso murmullo de un arroyuelo que corria á pocos pasos de su peque-

ña celda, cobijada bajo las espesas ramas de un gran roble.

Su oratorio se elevaba graciosamente en medio de la yerba y del ligustro

San Vulgis pasó muchos años en este retiro ignorado de los hombres y conocido solo de Dios.

Un acto de caridad ó mas bien un hecho milagroso, descubrió su presencia.

Un paisano de Marusy que vivía al otro lado del Oureq, tenía dos hermosas vacas, único sosten de su vejez.



El castillo de la Ferté-Milon.

En una de las inundaciones causadas por las lluvias, el agua cubrió todo el valle, y las pobres vacas fueron arrastradas por la corriente, desapareciendo á la vista del pobre labriego que daba lamentables gritos, queriendo en su desesperacion precipitarse tras ellas.

De repente un hombre cubierto con un sayal, sale del bosque, marcha con seguridad sobre los estrechos senderos que habian dejado los aguas, llevando sus ojos levantados al cielo; va derecho al angustiado pastor, le pone un dedo en la frente anunciándole que por la gracia del Señor nada habia perdido.

Efectivamente, se oye el mugido de las vacas que el labriego reconoce al punto, por ser las de sus dos pacientes

y laboriosas compañeras, y precipitándose á su encuentro seguido del piadoso ermitaño, cae de rodillas dando gracias á Dios por este milagro.

¡Júzuese la admiracion que escitaria esta historia en los alrededores de la Ferté!

Desde este dia Vulgis no pudo sustraerse á la vista de los hombres, su retiro se convirtió en un sitio de peregrinacion, viejos y niños no se acercaban jamás sin santiguarse devotamente, las mujeres se arrodillaban viéndole venir para implorar su proteccion, y los hombres para tener abundante cosecha; en fin, las jóvenes de la comarca le rogaban intercediese para que el cielo les deparase buenos y honrados maridos.



Vulgis murió muy anciano: era, dice una crónica, flaco como el tronco del sauce, pero su cabeza parecía iluminarse de día en día con una aureola celeste.

Muchos años se le ha venerado en el canton, y en el día aun no se le ha olvidado completamente.

Todavía se ven ancianos que al pasar las cuentas del rosario, pronuncian su nombre con santo éxtasis.

## IV.

No os conduciré paso por paso, al través de la crónica de la Ferté-Milon, no porque esté desprovisto de interés, al contrario, cautiva y encanta las mas veces, pero sería interminable presentaros sucesivamente á los numerosos se-



La iglesia de Nuestra Señora en la Ferté-Milon.

ñores que se sucedieron en este castillo feudal hoy día tan mudo y silencioso.

Contentaos con saber, queridos lectores, que este castillo dejó casi de existir bajo el reinado del buen rey Enrique IV, que le hizo sufrir los últimos ultrajes, y que se defendió admirablemente, como un bravo caballero que á pesar de sus mortales heridas, hiere siempre con redoblados golpes enemigo auxiliado de su terrible daga.

El duque de Biron enviado por el rey estuvo á punto de ser rechazado.

El mismo Enrique IV vino á reconocer la plaza y por su orden el castillo fué desmantelado; la casualidad hizo que un capitán llamado la Ruina fuese encargado de la demolición.

R. CORTAMBERT.



## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

## DON ANGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

SOLDADO.—PINTOR.—POETA.—HOMBRE POLITICO.

Vibrando el plectro, y animando el lino  
Logras, Saavedra, con dichosa mano,  
Vencer las glorias del cantor troyano,  
Robar las gracias del pintor de Urbino.

JUAN NICASIO GALLEGO.  
(Cartuja de Jerez, 1819).

En la tarde del 22 del mes de junio último, se apagaba lentamente una de las mas brillantes lumbreras de la España del siglo XIX.

Lloraban á la vez tanta desventura las artes, la ciencia y la política.

Era un fenómeno muy raro en los tiempos presentes, el de un hombre, que despues de haber vivido largo tiempo y representado un papel principal en las revueltas de los tiempos modernos, bajaba al sepulcro no dejando en pos de sí enemigo alguno.

Vivir setenta y cuatro años, y vivir bien con todo el mundo, haber pertenecido á los reinados de Carlos IV, de Fernando VII y de Isabel II, haberse mostrado hombre de mundo y hombre de talento, filósofo amable, sabio ingenioso, escelente pintor, consumado poeta romántico y probo ministro sin haberse estrellado en ninguno de los escollos contemporáneos para venir á morir considerado, admirado, glorioso con todos los honores y condecoraciones á que es dado aspirar á los que no han nacido reyes, ha sido problema resuelto por don Angel Saavedra, último duque de Rivas.

Tal fué en efecto su vida, fenómeno literario, que se anuncia desde su mas tierna juventud, y que precede á la carrera brillante del soldado y á la no menos asombrosa del hombre político.

Discrecion, prudencia, política sin esfuerzo, reserva hábil, sabiduria práctica, ingeniosa distribucion de tiempo y de trabajo, concurrieron á este difícil resultado.

Su temperamento le habia hecho sábio, su razon le mantuvo en el camino de su temperamento.

Educado en la escuela de la desgracia, adquirió en ella un grande espíritu de tolerancia para cuando llegó á la cima del poder y de los honores.

Con dificultad habrá existencia alguna en que se hallen mas exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias.

La antigua corte de Abderramen fué su patria.

En sus deliciosos y pintorescos campos que reflejan las aguas del Guadalquivir rodó su nobilísima é ilustre cuna.

Nació en 10 de marzo de 1791, hijo segundo de los duques de Rivas, grandes de España.

La cruz de caballero de justicia de la orden de San Juan de Malta, brillaba ya en su pecho cuando no era todavía mas que un niño de seis meses, cual si fuera un misterioso presagio de que un dia en su desgracia habia de hallar asilo y hospitalidad en la isla soberana de aquella orden, en aquel histórico peñon en medio del Mediterráneo.

Poco despues se le concedió la bandolera de guardia de corps supernumerario.

A la edad de siete años recibió la gracia de capitán de caballería, agregado al regimiento del Infante.

El año de 1802 murió su padre en Barcelona, á donde habia ido con la corte á recibir á la princesa de Nápoles doña Maria Antonia, primera esposa de Fernando VII, entonces principe de Asturias y de la cual estaba nombrado caballero mayor.

Para recompensar los servicios del difunto duque, el rey Carlos IV condecoró al hermano mayor de don Angel con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentil-hombre de cámara con ejercicio y con servicio particular cerca de su persona.

La duquesa viuda, nombrada tutora y curadora de sus hijos, hizo que don Angel entrase de alumno en el Real Seminario de Nobles de Madrid, cuyo director general era en aquella época el brigadier don Andrés Lopez de Sagastizabal.

Valbuena, Salas, Ortiz, Sojo y Antillon, fueron los maestros que tuvo don Angel en aquel establecimiento, que podia competir por el estado brillante en que estaba montado con los mejores de Europa.

A mediados del año 1806, cumpliendo apenas los diez y seis años de edad, salió don Angel del Seminario para incorporarse á su regimiento que estaba de guarnicion en Zaragoza, debiendo ser uno de los regimientos que á las órdenes del emperador Napoleon, debia marchar á hacer la guerra mas allá de las orillas del Rhin.

Su madre no quiso que su hijo fuera á combatir á las órdenes de un extranjero, y consiguió lo nombraran alférez sin despacho como simple guardia al servicio de la real persona.

En 1807 empezó á servir como guardia en las jornadas de Aranjuez y del Escorial, siendo testigo ocular de la famosa causa formada al principe de Asturias y de los grandes sucesos que siguieron despues en Aranjuez y en el Escorial.

Verificada poco despues la reforma del cuerpo de Guardias, quedaron suprimidas las compañías extranjeras y nombrado jefe supremo del cuerpo el principe de la Paz.

En 1808 da el pueblo de Madrid el grito de independencia el día Dos de Mayo.

Don Angel, que pocos dias antes habia salido con un escuadron á Guadalajara, no presencié las terribles escenas de aquella gloriosa jornada.

Murat conociendo el carácter de los oficiales de Guardias y habiendo sabido que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas y que varios guardias disfrazados habian salido con direccion á las provincias para activar el levantamiento nacional, dió orden para que los guardias con sus estandartes se trasladaran al real sitio del Escorial.

Rodeados en el Escorial por tropas francesas y conociendo su posición, determinaron salir de aquel sitio y reunirse á las fuerzas de los ejércitos que contra el emperador se estaban formando en diversos puntos de la Península, en donde improvisaba ejércitos el patriotismo.

Don Angel y su hermano el duque, despues de haber recibido orden de marchar con su escuadron á Pinto, entraron en Madrid disfrazados con objeto de adquirir datos seguros, á fin de adoptar una determinacion decisiva y conveniente.

Dispersáronse los guardias y se dirigieron unos á Castilla á incorporarse á las tropas del general Cuesta, y otros á Zaragoza con el general Palafox, de estos últimos fueron el duque de Rivas y don Angel su hermano.



Disfrazados de arrieros aragoneses y escondidas sus armas y papeles entre los fardos con que cargaron dos acémilas, provistos de dos buenos caballos, tomaron el camino de Zaragoza evitando el camino real.

En uno de los primeros pueblos de Aragón, al llegar á la plaza mayor, tropieza una acémila, cae al suelo, rómpense las ligaduras que sujetan los fardos y se descubren las armas.

Los lugareños que ven rodar por el suelo aquellas armas se amotinan al grito de traición, y quieren matar á los dos viajeros creyéndoles espías de los franceses.

El alcalde los salva del primer ímpetu de cólera de las turbas encerrándolos en la cárcel.

Por fortuna un guardia que se hallaba casualmente en el pueblo, reconoce al duque, dice á las turbas su nombre, sus grados, sus cualidades y pronto la prision se trueca en obsequioso hospedaje y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo.

No pudiendo reunirse al general Palafox se encaminaron á Castilla buscando la sombra de sus estandartes, habiéndolo verificado por lo penoso de la marcha y los grandes rodeos que tuvieron que dar para no caer en manos de los franceses, despues de las jornadas de Cabezon y de Riaseco, en las inmediaciones de Salamanca.

Ganada la batalla de Bailen marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el general Castaños, y en esta marcha fué donde por primera vez recibió su bautismo de fuego don Angel en Sepúlveda, combatiendo animoso y esforzado contra los franceses.

Poco despues en Logroño volvió á combatir con bizarría, así como en las orillas del Ebro, en las llanuras de Leon y en las márgenes del Orbigo.

Despues de la jornada de Tudela, en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona, fué herido el duque, teniendo que hacer la penosa marcha de retirada en las ancas del caballo de su hermano.

Poco despues se le ve pelear con igual bizarría en Ucles, Talavera, Madrideojos, Carriena y Orense; pero el episodio militar mas notable de la vida de don Angel es en 1809 en la desgraciada batalla de Ocaña.

Era el 18 de abril. Por la tarde avanzó la division de Verny sobre Antigola, sosteniendo un durísimo choque contra triplicadas fuerzas francesas mandadas por el general Paris. El duque de Rivas al frente de los guardias hizo prodigios de valor; su hermano don Angel tuvo la desgracia de que su caballo fuera herido en los primeros momentos de aquella accion, y al querer romper un cuadro cayó del caballo y continuó peleando con obstinado denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas, dejando tendidos en el campo varios de sus enemigos. Recibe dos peligrosas heridas en la cabeza y una profunda estocada que le dirigió un jefe polaco que cayó bañado en sangre á los piés de don Angel de una certera cuchillada que éste le dirigió. Al ver los polacos á su jefe muerto cercan á don Angel, y uno de ellos le atraviesa de un bote de lanza, cayendo á tierra entre los muertos y pasando sobre su cuerpo desangrado, causándole nuevas heridas el tropel de los combatientes.

El duque ve entre el denso humo y el polvo caer á su hermano, vuela á escape en su socorro, pero la muchedumbre y la confusion de la pelea le hacen perder de vista el sitio donde ha caído. Le es imposible hallar á su hermano.

La noche tiende su negro manto sobre aquel desastroso campo sembrado de mutilados cadáveres. El duque reúne

junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su escuadron. A la siniestra luz de una hacha de viento pasa lista llamando uno á uno por sus nombres á los guardias; llega al de su hermano, pero éste no contesta. Cien veces repite su nombre con el acento de la desesperacion, y arrasados sus ojos en lágrimas ruega á sus amigos que con hachas encendidas recorran el sitio de la accion y vean si pueden al menos recoger el cadáver de su hermano. Cuantos esfuerzos hicieron los guardias fueron inútiles; pero la Providencia velaba por el jóven guerrero, á quien reservaba en su patria un inmenso porvenir.

Don Angel, que habia caído en medio de un monton de cadáveres, con el fresco de la noche volvió de su desmayo. Estaba casi desnudo, porque habia sido despojado de su uniforme al poco tiempo de caer.

Incorporóse como pudo, probó andar algunos pasos, pidió socorro á grandes voces, pero se sintió desfallecer, y un vértigo le hizo otra vez caer al suelo.

Milagrosamente sus gritos llegaron á oídos de un soldado español del regimiento del Infante, llamado Buendia, que aprovechando la confusion habia ido á recoger despojos al campo de batalla. Acercóse á don Angel, vió que aun respiraba, lo monta atravesado sobre un caballo lo mejor que pudo y lo condujo á Ocaña, donde volvió á abrazar á su desconsolado hermano.

Al día siguiente, puesto en un carro y al cuidado del sub-brigadier don Julian Poveda y del guardia Mendinoeta, con otros siete guardias mas heridos, que fallecieron uno despues de otro en el camino, evitando la confusion que produjo la desgraciada batalla de Ocaña, marchando á campo travieso, llegaron á Villacañas, donde don Angel pudo restablecerse de sus heridas, y donde compuso su bello romance cuya primera estrofa es una pintura fiel de su situacion:

Con once heridas mortales  
Hecha pedazos la espada,  
El caballo sin aliento  
Y perdida la batalla.

Restablecido un poco de su herida y despues de once dias de viaje, llegó don Angel á Baza y despues á Córdoba, pasando á restablecerse despues á Málaga.

De resultas de sus heridas se retiró del servicio despues de haber servido á las órdenes de Wellington como ayudante de Estado Mayor con el grado de coronel en el año de 1829.

Así terminó la gloriosa carrera militar de don Angel, para comenzar á brillar en la de la literatura, y acaso despues en alto lugar entre los hombres mas distinguidos de Estado en su patria.

La vida política de don Angel empieza verdaderamente en 1822, época en que fué elegido diputado á Cortes. Su ardiente amor á la libertad se dió á conocer pronto por sus discursos y sus escritos; esto le valió el ser perseguido y hasta condenado á muerte; viéndose obligado á emigrar lejos de su país, se dedicó á la literatura y bellas artes. En 1831 presentó en la esposicion artistica de Londres cuatro bodegones y dos retratos y un magnífico cuadro de composicion original que representa un Salvador. Este cuadro obtuvo mencion honorífica y en el Anuario francés de aquella época consta el nombre de don Angel Saavedra como uno de los mas distinguidos artistas es ranjeros. Horacio Vernet, uno de los mas distinguidos pintores de aquella época, se honró con su amistad y favorecia á menudo su estudio. Despues de viajar por casi todo el litoral



de Francia é Inglaterra pasó á Italia, donde recorrió varias de sus capitales.

El papa no permitió entrar á don Angel en sus Estados, y en Lioria se vió precisado á embarcarse en una balandra inglesa que se dirigia á Malta. A los seis dias de viaje el mar se encrespó y estuvieron á pique de estrellarse contra la roca llamada *Maretime* en las costas de Sicilia. El viento era fuertísimo, y al orzar se rompió con estrepitoso estruendo el trinquete, quedando trabadas las jarcias, lo que hizo que el barco se tumbara por el costado de estribor. Los pocos tripulantes al ver el peligro se arremolinan en la proa, y se niegan á hacer las maniobras que les manda el piloto. Don Angel sube á la cubierta; con voces, amenazas y el ejemplo, reanima aquella gente, empuña la caña del timon, y zafando el palo roto, hace que el buque vuelva á ocupar su natural posicion. Dos dias despues de este semi-naufragio llegó á Malta, donde le esperaban nuevos sufrimientos.

Escaso de recursos y siendo los precios de las fondas exorbitantes, no sabia don Angel que hacer cuando un amigo le indicó que si queria casa buena, barata y casi régia, pues era un palacio, él se la proporcionaria. Don Angel aceptó, el amigo le enseñó el edificio y le advirtió que hacia diez años estaba deshabitado por creer que durante la noche se aparecian duendes que no dejaban descansar á los que habian querido habitarlo, con alharidos, ruido de cadenas y sobre todo que descomponian los muebles, y no dejaban nada en su sitio.

Don Angel despreció estos rumores, tomó posesion del palacio, lo registró cuidadosamente, cerró sus patios, sus salones, y se reservó para vivir él y su esposa con una criada tres habitaciones y una pequeña cocina.

El primer dia lo pasó tranquilamente, pero el segundo la jóven maltesa que estaba á su servicio se presentó pidiéndole su salario pues no queria permanecer ni un minuto mas en aquella casa. Los muebles de las tres habitaciones habian sido amontonados en un patio, las vasijas de la cocina habian sido rotas, y esparcidos por el suelo los alimentos que contenian.

Durante seis meses se habia repetido casi diariamente el hecho anterior.

Don Angel por la noche habia sentido ruido, se habia levantado de la cama, habia registrado la casa, pero nunca habia encontrado nada. Las puertas estaban perfectamente cerradas, tal como el primer dia las habia dejado. Tenia costumbre de dejar dos pistolas cargadas á la cabecera de su cama y varias veces se las encontró descargadas.

La continua repeticion de estos hechos empezó á ponerle en cuidado, pero continuó viviendo en la casa para que no lo atribuyesen á miedo si la dejaba.

Mr. Smith, comerciante de aquella ciudad, y el coronel inglés Williams Borton, pasaron varias noches en la casa y oyeron distintamente los misteriosos ruidos de que don Angel les habia hablado.

Al dia siguiente dieron aviso á la policia, y ésta se presentó en la casa y efectuó un escrupuloso registro que no dió ningun resultado.

Tres meses despues se volvió á repetir otro registro mas escrupuloso que el primero, y habiendo notado don Angel en uno de los patios dos pequeñas puertas de hierro, la policia las echó abajo y descubrieron un largo y anchuroso túnel que comunicaba con el mar. Varios fardos de géneros de contrabando que en él hallaron esplicó fácilmente el enigma de los duendes.

Todo el contrabando que entraba en Malta se hacia por

aquel túnel. El interes de los contrabandistas era que la casa estuviera deshabitada.

Durante su permanencia en Malta escribió varias poesias y se dedicó con gran éxito á la pintura.

Vuelto á España y despues de haber jurado en manos del cónsul de Perpiñan fidelidad á la reina, abrazó en Barcelona á su madre de quien habia estado separado durante su emigracion.

Varias veces fué secretario del Congreso, y diputado en mas de ocho legislaturas.

Muerto su hermano el 15 de mayo de 1834, y habiendo heredado el titulo y la grandeza de España, ocupó un puesto en el Estamento de Próceres, siendo nombrado segundo secretario, y pasando al dia siguiente á ser primero por muerte repentina de don Diego Clemencin.

Despues de la ruda oposicion que hizo al ministerio Mendizabal, el 15 de mayo S. M. confirió á don Javier Isturiz la presidencia del nuevo gabinete, siendo nombrado don Angel ministro de la Gobernacion.

Sucesivamente ocupó don Angel varios altos puestos, siendo nombrado vice-presidente del Consejo Real y embajador de Nápoles, y posteriormente ministro y presidente del Consejo de Estado.

Las grandes cruces de San Juan de Jerusalem, de Carlos III, de la Legion de Honor, de la Real Napolitana de San Fernando, y la Pontificia de Pio IX honraron su pecho, así como el Toison de oro, distincion de principes y de reyes.

La Academia de Nobles artes le eligió por su presidente, y la de Historia tiene á orgullo que haya sido uno de sus individuos. Casi todas las sociedades científicas de España le cuentan como uno de sus mas distinguidos miembros y tambien gran número de las extranjeras.

Su trato afable y cariñoso ha dejado un gran vacío en el corazon de sus numerosos amigos.

Como poeta es uno de nuestros primeros poetas románticos. El catálogo de sus obras es infinito. Sus bellos romances, El Moro espósito ó Córdoba y Burgos en el siglo X, El Alcázar de Sevilla, Don Alvaro de Luna, La Muerte de un caballero, El Conde de Villamediana, El Cuento de un veterano, así como sus leyendas, La Azucena milagrosa, Maldonado y El Aniversario, muestran la profundidad con que don Angel sentia la poesia histórica de su pais y la verdad con que sabia pintarla.

Cuantos elogios hagamos de su poema, El Paso honroso y La Florinda, serian pálidos.

Don Juan Nicasio Gallego en su destierro á Jerez y al publicar don Angel su primer tomo de poesias, le dedicó el siguiente soneto, que es el mejor elogio que se le puede hacer.

Tu á quien afable concedió el destino  
Digna ofrenda á tu ingenio soberano  
Manejar del Aminta castellano  
La dulce lira y el pincel divino.

Vibrando el plectro, y animando el lino  
Logras, Saavedra, con dichosa mano,  
Vencer las glorias del cantor troyano,  
Robar las gracias del pintor de Urbino.  
Lógralo, logra ya, si mas clemente  
Se muestra acaso la áspera fortuna  
Que hoy no me deje en blanco con loarte  
Tejer nuevas coronas á tu frente  
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,  
Ya decorada del laurel de Marte.

Sus obras dramáticas, especialmente el Don Alvaro ó la Fuerza del sino, obtuvieron éxitos ruidosos, así como



sus comedias Tanto vales cuanto tienes, Solaces de un prisionero y La morisca de Alajuar.

Muchas de sus obras han sido reimpresas varias veces, y en 1855 se publicó en Madrid una colección de cinco tomos en cuarto mayor.

La historia de un peso duro, crítica escrita durante su emigración, aun permanece inédita y en poder de sus herederos.

Posible es que dentro de poco vea la luz pública esta graciosa é ingeniosa historia,

La España del siglo XIX llorará por largo tiempo al soldado, al poeta, al pintor, y al hombre político que en la tarde del 22 de junio de 1865, dejó de existir rodeado de su noble y querida familia.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA, *Vizconde de San Javier*.

## COEBERGHER,

PINTOR, ARQUITECTO É INGENIERO.

1560-1622.

Coebergher nació en Amberes en 1560. Trabajó durante muchos años en el estudio de Martin de Vos, uno de los mejores pintores de aquella época. Visitó en seguida Italia, sobre todo Florencia y Roma. A su vuelta pintó para la cofradía de arquitectos de Amberes el cuadro que representa *El martirio de San Sebastian*; para una iglesia, *Jesucristo presentado al pobre*, y para otra de Bruselas, *El descendimiento de la cruz*. Este último cuadro y el primero fueron enviados á París en 1804 y estuvieron allí hasta 1815.



Coebergher, artista flamenco del siglo XVI, según un cuadro de Van-Dyck.

El segundo formaba parte de la colección del duque de Brunswick, fué enviado hacia la misma época al museo de Tolosa y devuelto igualmente algunos años después.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Como arquitecto Coebergher, levantó los planos de la iglesia del Beaterio en Bruselas, de las Carmelitas y Agustinas en la misma ciudad; los de la iglesia de los Agustinos

AÑO XXIII. 27



en Amberes y los de Nuestra Señora de la Montaña, uno de los mejores monumentos de Bélgica.

En Nápoles se casó Coebergher con la hija de su compatriota Luis Frañck, y entonces compuso su precioso cuadro *Cristo llorado por las santas mujeres*, en el que se cree reconocer el retrato de su mujer. Reynolds dice acerca de esta obra en su viaje á Flandes y Holanda lo que sigue:

«*La sepultura de Cristo* por Coebergher es un cuadro admirable, y su estilo el de la escuela romana. Las figuras son elegantes, bien dibujadas y con buen colorido; el manto azul de la Virgen es defectuoso, los pliegues están mal dispuestos y el color desentona de lo demás: este cuadro puede compararse á las mas bellas obras de Dominico; me admiró ver tantas bellezas en la obra de Coebergher, del que no conocia mas que el retrato hecho por Van-Dyck. He encontrado despues otras obras debidas al mismo maestro, pero ninguna puede compararse á la que yo coloqué en el primer rango entre los cuadros que existen en Bruselas. El brillo arrebatador de Rubens ha impedido al cuadro de Coebergher gozar la reputacion que merece. Su simplicidad no puede rivalizar con el esplendor de Rubens, al menos á primera vista, y hay muy pocas personas que estén por mucho tiempo delante de un cuadro. Las mejores producciones de los maestros italianos si estuvieran colocadas en las iglesias de Amberes, se eclipsarian, á pesar de no deber ser así, por el brillo de Rubens: el estilo brillante de este maestro parece á la elocuencia que subyuga todo y que triunfa frecuentemente del talento y de la sabiduría humana.»

Coebergher merece nombrarse por servicios que prestó á su patria fuera de los del arte. Recordando lo que habia visto en Italia, escribió una Memoria notable sobre la organizacion de los montes de piedad. El gobierno, que le habia dado ya títulos de nobleza, le nombró intendente general de los establecimientos de este género en Flandes; fundó el primer monte de piedad en Bruselas, y en seguida otros en Amberes, Malinas, Valenciennes, Cambray, Brujas, Lille Namur, etc. Probó tambien su gran talento como ingeniero, desecando el pantano de Moeres, situado entre Furnes, Bergues y Dunkerque, y que extendia á grandes distancias sus pestilentes emanaciones.

**EL TERMINO DEL VIAJE.** Juan el carpintero y Pedro el cerrajero, trabajadores laboriosos é instruidos, habian salido juntos para viajar por Francia, sabian que con los viajes se aprende mucho, aunque no buscaban la vida errante, sino querian volver á su país natal con los frutos de la experiencia, y se despidieron de la torre de su pueblo con la firme intencion de regresar para socorrer la vejez de sus padres, ejercer lealmente su oficio y dormir en paz en el cementerio de sus mayores.

Primeramente caminaron por en medio de estensas y fértiles llanuras, donde los campos bien cultivados, las elegantes quintas, las sombras de los árboles y las flores hacian muy grato su tránsito, marchando ellos sin fatiga. Pero muy pronto se internaron en los valles, llegaron al pié de elevados montes y tuvieron que subir por muy ásperas despeñaderos. Habiendo llegado á una meseta, veian sin cesar elevarse sobre sus cabezas nuevas cimas, aunque no se desanimaban.

—Juan, dice Pedro á su compañero, esto es como nuestra vida: en nuestra infancia todo nos era mas fácil y alegre;

en el dia no tenemos sino el penoso trabajo; mañana tambien y durante mucho tiempo continuará el trabajo. Pero perseveremos, y en el término de nuestro camino Dios nos dará su reposo.

ALFONSO GRUN

## DE LAS LEYENDAS EN GENERAL.

### Y DESCRIPCION DEL PURGATORIO DE SAN PATRICIO.

El hombre se inclina decididamente á lo maravilloso y sobrenatural, y llevado en alas de su fantasia, da con frecuencia á los objetos que le rodean un tinte misterioso, que reviste á lo creado de colores, ya brillantes y celestiales, ya oscuros, tétricos y que infunden terror y espanto. Esto es el mas claro testimonio de que estamos dotados de una sustancia muy distinta de nuestros despojos mortales, y que allende el mundo que habitamos hay otro invisible, que el espíritu entreve y no alcanza, porque no cae bajo el imperio de nuestros sentidos. Si no existiera este mundo, ¿nos seria dable explicar aquella multitud de hechos que el hombre inventa, y que salen de la esfera comun de todos los objetos que nos despliega á la vista nuestro horizonte? Pero la historia de la larga y sucesiva série de todas las humanas generaciones se divide en dos grandes fases, que constantemente se reproducen: la una de ignorancia, oscuridad y supersticiones mas ó menos groseras, y la otra de mucha civilizacion y cultura intelectual. En la primera, el hombre, dominado por la fuerza de su fantasia, cree extraordinario y prodigioso todo lo que desconoce ó no comprende; presta homenaje y culto de adoracion á seres imaginarios, suponiéndoles autores de los fenómenos, cuyas causas ignora; y son muchos los objetos que contempla con asombro. En la segunda, por el contrario, quiere someterlo todo á la severidad y fuerza de sus racionales hipótesis y de sus conjeturas, en que confía muy á menudo audaz y temerariamente.

Pero cualquiera que sea el estado de barbarie de un pueblo, cualquiera que sean los vuelos ó extravíos de su fantasia, el hombre no puede aniquilar nunca los hechos, en términos que tenga por punto de partida objetos y atributos esencialmente distintos de la materia. Vamos á aclarar con algunos ejemplos esta teoria, llevándola al terreno práctico.

Los vates orientales, inventores del apólogo, atribuyeron á los brutos, desde tiempo inmemorial, el don de la palabra y una gran fuerza de raciocinio: ambas dotes propias y exclusivas del hombre. Los orientales, pues, dando rienda suelta á su acalorada fantasia, asimilaron los brutos al ser mas perfecto de la creacion; pero su punto de partida no sale del círculo de la realidad, porque los sonidos articulados y el raciocinio son dones existentes y no imaginarios de que disfruta todo el humano linaje, que es un compuesto de espíritu y materia.

Supongamos, con el vulgo, que ha habido en todas las épocas verdaderos magos, que han evocado á los demonios: los que creen en esas apariciones, dicen que se han presentado bajo formas estrañas de animales, de gigantes ó en figura humana de uno ú otro sexo, lo que nos demuestra, igualmente, que, en casos semejantes, han servido siempre de punto de partida objetos materiales y existentes.